



__ 95

borges, maestro

__ LUIS ALBERTO DE CUENCA __

Una biblioteca de Babel, un libro de arena es ya la bibliografía sobre Borges: si hay un escritor que sigue suscitando estudios, biografías, acercamientos y homenajes, si hay un autor que sigue demostrando lo interminable de su obra, ese es Borges. Aquí lo recuerda y lo homenajea Luis Alberto de Cuenca, de la mejor manera posible: recordándose a sí mismo como lector y disfrutador de la obra de su maestro.

borges, maestro

— LUIS ALBERTO DE CUENCA —

Tengo un recuerdo lejano de Borges en Televisión Española, entrevistado por Joaquín Soler Serrano. Siempre que se dirigía al escritor argentino, el periodista empleaba un sonoro «Maestro» (con mayúscula) que se salía de la pantalla. Y Borges protestaba: «Pero no me llame maestro. Yo no soy maestro de nadie.» La modestia de Borges rechazaba que lo llamaran maestro, y, sin embargo, pocos escritores ha habido en la historia de las letras universales a los que más convenga ese apelativo.

Yo leí por primera vez a Borges en la «mili», entre guardia y guardia, allá por 1970, cuando empezaron a salir en la colección de bolsillo de Alianza Editorial sus títulos más emblemáticos. Debí haberlo leído antes, pero yo entonces era «progre» y elegía mis lecturas entre los autores *engagés*, que es como decía Jean-Paul Sartre que tenían que ser los escritores, y yo a Sartre le obedecía en todo, lo que convirtió mi adolescencia en un infierno de abyecciones totalitarias. Afortunadamente, todo pasa, y eso hizo mi etapa «comprometida», pasar del todo y para siempre, como una exhalación hedionda.

Uno de los agentes que purificaron mi espíritu fue el autor de *Ficciones*. Puedo decir sin temor a equivocarme que en mi vida de lector hay dos fases bien diferenciadas: la previa al conocimiento de Borges y la posterior a su lectura. Nada es lo mismo que antes cuando se ha discurrido por la literatura de Borges con los ojos y con el alma. Hay una especie de subversión íntima que trastorna tu comprensión del mundo, haciéndola a la vez infinitamente más rica e infinitamente más liviana. Leer a Borges es soltar el lastre necesario para que el globo en el que viajas gane altura y no acabe estrellándose contra la montaña vecina. Si eso no es ser un maestro, un maestro de los de verdad, de los que odian que los periodistas los llamen maestros, que venga Dios y me contradiga.

Decía Pablo Neruda en un horrible poema de su peor libro, *Las uvas y el viento* (Santiago de Chile, 1954), que él y

Luis Alberto de Cuenca (Madrid 1950) es autor de libros de poemas como *La Caja de Plata*, *El otro sueño* o *El Hacha y la rosa* que marcaron un cambio en la poesía española de los años ochenta y capitanearon la poesía de "línea clara". Borgeano, bibliófilo traductor y madridista incansable, recopiló su poesía completa en *Los Mundos y los días*.

sus camaradas de partido eran «stalinianos» y que llevaban ese nombre con orgullo, y hasta que los hombres, para ser felices y comer perdices, y casarse con la princesa y no terminar en la panza del lobo, debían ser eso, «stalinianos». Bueno, pues a mí, y a mucha más gente, nos ocurre que somos «borgianos», que es una forma más elegante y, sobre todo, menos violenta de acercarnos al paraíso.

Un paraíso que, en nuestro caso, no depende del triunfo del proletariado y que (a nuestro pesar) no está lleno de huríes, como el de Mahoma, ni consiste en la visión eterna de Dios, como el de los seguidores de Cristo. Un paraíso que, como el propio Borges afirma en un poema, hemos soñado *sub specie bibliothecae*, que para eso somos discípulos del maestro Borges o, por mejor decir, borgianos. Siempre he creído que ese paraíso —el único en que algunos creemos, o sea, la literatura— es, ante todo, placer, deleite. En eso coincidí plenamente con el autor del *Aleph*, con quien comparto otras aficiones secretas que crean vínculo de clan, como los poemas homéricos, las letras fantásticas o la épica de los antiguos germanos. Leer a Borges es una actividad descaradamente epicúrea. Algo así como tropezar en una librería con dos *editiones principes* que me gustaría tener en casa y que estuvieron en un tris de caer en mis garras para siempre: la de *El monje*, de Matthew Gregory Lewis, y la de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Robert Louis Stevenson. Algo así como ver en el cine un programa doble en el que echan dos maravillosas películas de los 30: *The Devil Doll* (1936, «Muñecos infernales»), de Tod Browning, y *Barbary Coast* (1935, «La ciudad sin ley»), de Howard Hawks.

Más Ateneo que Píndaro, más Apolodoro que Esquilo, más Aulo Gelio que Virgilio (*ibant obscuri sola sub nocte per umbras...*; los borgianos andamos por la vida como Eneas y la Sibila por los Infiernos), más William Jones que Kalidasa, más Marcel Schwob que Marcel Proust, Borges pensaba que, en literatura, la creación *ex nihilo* no es más que una broma de mal gusto. Y vindicaba la literatura de género frente a la «gran» literatura, el cuento o la *nouvelle* frente al *roman*, la quintaesencia frente al fárrago (y eso que nunca le gustó Gracián), la diversión frente al aburrimiento.

Como hizo Borges en «Otro poema de los dones», agradeciendo al Creador la existencia del puñado de cosas que le eran más queridas (en el momento, claro está, de escribir el poema, porque, como decía Heráclito, «todo fluye», y las cosas queridas hoy pueden ser odiadas mañana), así también debemos los borgianos dar gracias al «infinito laberinto de los efectos y las causas» por la literatura de Borges, por la posibilidad que nos ofrece de viajar con él por países soñados de erudición (esa erudición lúdica que utilizaron antes que él narradores como Edgar Allan Poe y Ambrose Bierce, además del citado Marcel Schwob), de auténtica nobleza de espíritu, de sentido moral y de coraje. Leer a Borges (y a los escritores que Borges recomienda, porque «Borges» también son aquellos autores que Borges leyó y prologó y nos regaló en las muchas colecciones dirigidas por él) es llevar a cabo un viaje tan alucinante, al menos, como el *Fantastic Voyage* de Richard Fleischer (¿cómo podía no serlo con una Raquel Welch de veinticinco años en el reparto?). Un viaje sin alforjas, a tumba abierta, pero limpio de polvo y química, como tienen que ser los viajes y los sueños.

El humor es vital en el maestro Borges. Tanto en su vida (en la historia de las letras en lengua castellana sólo conozco dos casos de escritores sobre los que se ha tejido una deliciosa maraña de anécdotas chistosas: Quevedo y Borges) como en su obra. Le pasa lo que a tres de mis autores favoritos: Rabelais, Cervantes y Shakespeare. Borges es, como ellos, un humorista excepcional. Y ello en un siglo como el XX, tan estirado, tan enfático, tan pagado de sí mismo, tan encantado de haberse conocido, se agradece de corazón.



Por lo demás, aquella poesía española de las últimas décadas que no se propone fastidiar al lector como principal objetivo, es deudora del maestro Borges. De él proceden la ironía, el humor, el uso del endecasílabo, la presencia de un fuerte elemento narrativo, la estructura cerrada del poema, el rigor en la construcción. Los mejores poetas españoles son BORGIANOS (así, en versalitas). Sin Borges, la literatura del siglo XX se hubiera limitado a ser lo que ha sido casi siempre a lo largo de estos últimos cien años: o un caos ininteligible para uso de «intelectuales» elitistas, o simplemente un juego inane y aburrido (con gratas excepciones como Dada o Oulipo). Y es que, siguiendo las razones de mi amigo el Marqués de Tamarón en su libro *Del siglo XX y otras calamidades*, el siglo pasado sólo aportó al devenir del hombre cuatro abyectas calamidades que los borgianos detestamos: el nacionalsocialismo, el comunismo, el psicoanálisis y el arte moderno.

En la página 59 de *El oro de los tigres* (Buenos Aires, Emecé, 1972) figura una portadilla con el título de un poema, «El amenazado». En la 61 consta el poema propiamente dicho, eliminado más tarde por el propio Borges en sucesivas ediciones de su *Poesía completa*. Dice así:

*Es el amor. Tendré que ocultarme o huir.
Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz. La hermosa máscara ha
cambiado, pero como siempre es la única. ¿De qué me servirán mis talismanes: el ejer-
cicio de las letras, la vaga erudición, el aprendizaje de las palabras que usó el áspero
Norte para cantar sus mares y sus espadas, la serena amistad, las galerías de la Biblio-
teca, las cosas comunes, los hábitos, el joven amor de mi madre, la sombra militar de
mis muertos, la noche intemporal, el sabor del sueño?
Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.
Ya el cántaro se quiebra sobre la fuente, ya el hombre se levanta a la voz del ave,
ya se han oscurecido los que miran por las ventanas, pero la sombra no ha traído la paz.
Es, ya lo sé, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz, la espera y la memoria,
el horror de vivir en lo sucesivo.
Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.
Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.
Ya los ejércitos me cercan, las hordas.
(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)
El nombre de una mujer me delata.
Me duele una mujer en todo el cuerpo.*

En poemas como éste, y en una de las tankas, la sexta, de ese mismo libro (página 22: «No haber caído, / como otros de mi sangre, / en la batalla. / Ser en la vana noche / el que cuenta las sílabas»), hemos aprendido los discípulos de Borges a mirar el mundo y la vida, lo que somos y lo que hubiésemos tenido que ser. No sé si el maestro había leído *Un ciego con una pistola*, la estupenda novela de Chester Himes, pero lo cierto es que el título de la misma no puede ser más borgiano. Ciegos, con la pistola ardiendo del desamor y la desesperanza quemándonos el alma, pero con la pomada de la literatura aliviando nuestras heridas, eso somos nosotros los borgianos, «el sueño de una sombra» (como definió al hombre el viejo Píndaro), los discípulos de un maestro que cuenta sílabas (¡nada menos que cuenta sílabas!) en la noche oscura del mundo.

• • •